

*Arcadio Díaz Quiñones*

**El arte**  
**de bregar**  
**ensayos**



**Ediciones**  
**Callejón**

© Arcadio Díaz Quiñones, 2000

Reservados todos los derechos  
de esta edición para:

© 2003 Ediciones Callejón, Inc.

Ave. Las Palmas 1108

Pda. 18 P.O. Box 9024

San Juan, Puerto Rico

00908-0024

Tel 787-723-0088 Fax 787-723-5850

callejon@backroompr.com

Diseño colección:

SAMUEL ROSARIO

Tipografía:

Marcos Pastrana Fuentes

ISBN: 0-9650111-1-9

Library of Congress Catalog Card Number:

00-130960

### **Colección en fuga –ensayos**

Datos para catalogación:

Díaz-Quíñones, Arcadio, 1940-

El arte de bregar: ensayos. San Juan,  
Puerto Rico:

Ediciones Callejón. 2000. Primera edición  
2003. Segunda edición.

Ilustraciones

1. Literatura puertorriqueña–Historia y crítica.
2. Puerto Rico–Historia–Siglo XX.
3. Cuba–Historia intelectual.
4. Homar, Lorenzo–Crítica cultural.
5. Martí, José–Crítica e interpretación.
6. Saer, Juan José–Crítica e interpretación.

*Ninguna parte de este libro,  
incluido el diseño de la portada,  
puede ser reproducida sin permiso  
previo del editor.*

Impreso en Colombia por: Panamericana Formas e Impresos S.A.

## Índice

Nota .....	13
<i>I. La brega</i>	
De cómo y cuándo bregar .....	15
La Pasión, según Albizu .....	88
Pedreira en la frontera .....	96
<i>II. Destinos</i>	
Las palabras de la tribu: <i>El entenado</i> de Juan José Saer ....	105
Imágenes de Lorenzo Homar:	
Entre San Juan y Nueva York .....	124
José Luis González: La luz de la memoria .....	182
<i>III. Local knowledge</i>	
Repensar el 1898 .....	195
Stephen Crane: la sospecha del imperio .....	203
El 98: la guerra simbólica .....	210
[Fotos] .....	228
<i>IV. La tragedia y la esperanza</i>	
Gilda Navarra: El modo trágico .....	251
Martí: las guerras del alma .....	255
Cuba 1994: Salida y ¿voz? .....	280
Nota bibliográfica .....	301

---

## Cuba 1994: salida y ¿voz?

*Decir lo más terrible de forma que  
deje de ser terrible, que haya espe-  
ranza porque ha sido dicho*

Elias Canetti

**L**a significación del reciente éxodo cubano se mantiene tan flotante y abierta como las míticas balsas congeladas en medio del mar. No sabemos si interpretar esa imagen como un momento emancipador, o como una metáfora de la radical soledad de lo humano hacia su destino trágico. El vacío de representación social, producido por los viejos discursos intransigentes que han permeado tanto la vida norteamericana como la cubana, impide una comprensión matizada de la complejidad del proceso y de la dinámica de la cultura en la que ocurre. El endurecimiento de las "posiciones" políticas no permite una reflexión más profunda sobre la magnitud de la frustración y la desesperación que

abruma a amplios sectores de la sociedad cubana, y sus posibles consecuencias.

Se imponen algunas preguntas. Más allá de la figura mítica del balsero que echa audazmente todo por la borda con tal de alcanzar un sueño, de recuperar su humanidad, o simplemente atravesar a remo y con velas improvisadas el horizonte silencioso del mar de la muerte, ¿qué otras verdades o modos de pensar desencadenan las imágenes desgarradoras que se han visto? ¿Por qué esas salidas desesperadas, incluso cuando ya se sabía que irían al humillante campo de concentración de Guantánamo, en lugar de quedarse y contribuir a la transformación de su país? Y lo que queda siempre relegado a un plano muy secundario: ¿qué piensan, cómo y dónde hablan y cómo actúan las mujeres y los hombres del interior del país, a la luz de los cambios que se iniciaron con el colapso del campo socialista, la legalización del dólar, y el nuevo éxodo? Más aún: ¿se debilitará la voz del interior con la salida de miles de cubanos, como ha ocurrido en el pasado? ¿O la dramática salida de los que se han ido con su tristeza, su inteligencia y su rabia a costas fortalecerá la participación ciudadana de los que se quedan?

Formulo estas preguntas en 1994, a mi regreso de Cuba, después de innumerables conversaciones con amigos residentes en La Habana y con otras personas a quienes conocí en la zona costera. Las formulo, además, después de la relectura del original ensayo de Albert O. Hirschman, "Salida, voz y el destino de la República Democrática Alemana", el cual se publicó, en versión española, en la revista madrileña *Claves*, número 39 de 1994.

A principios de este dramático y tenso verano, viajé a Cuba con el propósito de llevar a cabo investigaciones históricas y literarias en torno al fin de siglo 19. No podía imaginarme que iba a presenciar, en un país cuya gente y

cultura amo profundamente, un momento crucial para el futuro de su democracia en este fin de siglo. Dos finales unidos por grandes luchas y expectativas, por parecidas razones geopolíticas, y por un enorme potencial de violencia y de autoritarismo externo e interno. La pugna por escribir el pasado se da en medio de los grandes dilemas y angustias del presente.

En La Habana, como en Puerto Rico y los Estados Unidos, no es fácil encontrar un lenguaje que nos ayude a comprender el proceso. Si el lenguaje estereotipado de la Guerra Fría ha demonizado todo lo que representa la Revolución y ha exaltado, como se observa en sectores dominantes en Miami, la intransigencia más violenta, en La Habana el vacío de información y la carencia de espacio público de debate impiden la articulación no sólo de alternativas, sino de interpretaciones colectivas. En La Habana, las fuentes de "información" principales durante este verano eran las cuatro páginas de *Granma* y, resulta tristemente irónico, Radio Martí, a pesar de que la ciudad se encontraba llena de corresponsales extranjeros. Los rumores, incesantes, llenan ese vacío. La acción conjugada de dos intransigencias anacrónicas pero poderosas imposibilita el cambio de modos de pensar la cultura y la realidad social. Por ello decía que el sentido del reciente éxodo y sus repercusiones permanece aún opaco o silencioso.

En Cuba, quienes se lanzaban a una muerte probable en el mar, o al hacinamiento en la base de Guantánamo, se iban tras un sueño, o tras un engaño, pero se iban con la fuerza de su espíritu y de su religiosidad. Su gesto era, a la vez, una poderosa afirmación y una negación, que sin duda comenzó a estimular la expresión pública de los millones que se han quedado. A mi regreso a los Estados Unidos, viendo las declaraciones marcadamente autoritarias de quienes creen que el Mercado es todo —un nuevo dios por el cual los cubanos

del interior deben dedicarse a derrocar el régimen—, pensé de nuevo en la tragedia de muchos amigos cubanos del exilio y de la isla. Pensé en quienes defienden la democracia y la conciliación de los cubanos, imaginan una transición pacífica, y al mismo tiempo son críticos de las nuevas utopías del Mercado. Sus voces difícilmente se oyen, o son reducidas al murmullo o al susurro por el ruido de la intolerancia. En el exilio también se reprime duramente la voz y el relevo generacional, a menudo con la misma intolerancia nacionalista y moralista que se practica en Cuba. El exilio y el interior están ligados por una larga cultura autoritaria.

La originalidad del pensamiento de Hirschman nos ayuda a pensar estos dilemas. Tanto en su reciente libro, *Retóricas de la intransigencia*, concebido inicialmente como réplica a los dogmas del movimiento neoconservador, como en el ensayo "Salida y voz", hay una profunda reflexión sobre el cambio en las sociedades democráticas, y sobre los estragos de las posiciones dogmáticas, "reaccionarias" o "progresistas". Aquí me limitaré a algunas observaciones sobre *salida y voz*, porque considero pertinente el debate sobre la democracia cubana y sobre los desplazamientos caribeños.

Para Hirschman, la "salida" es el acto de marcharse debido a una gran insatisfacción y a la esperanza de que las aspiraciones se puedan lograr en otro lugar. Tiene generalmente la consecuencia de que quienes se han marchado, al ser los más críticos y descontentos, han dejado, con su "salida", un enorme vacío. La "voz", según el esquema de Hirschman, exige una acción de grupo y cierto grado de organización. En contraste con lo que ocurrió en Checoslovaquia, Polonia y Hungría, la "salida" de miles de alemanes a lo largo de décadas debilitó la "voz" del interior. Sin embargo, hay momentos históricos, como lo fue el de Alemania en 1989, en los que la "salida" masiva posibilita la emergencia de una "voz"

entre los que se quedan. Esa interacción de la “salida” y de la “voz” llevó a la caída del muro.

Lamento tener que simplificar la riqueza de matices de Hirschman. Lo que me interesa es llamar la atención sobre la necesidad de pensar la relación entre la “salida” de miles de cubanos, en un nuevo contexto, y la posible “voz” de quienes se encuentran en el interior soñando, no con marcharse, sino con cambiar el lugar. Es probable que los exilios cubanos de los años sesenta y setenta no contribuyeran a dar “voz” en el interior. Acaso porque muchos entraron en una complicidad demasiado intensa con el “adversario”, y porque entonces todavía el gobierno revolucionario gozaba de legitimidad, consenso y apoyo del bloque socialista. En el marco elaborado por Hirschman, Cuba era un caso clásico de antagonismo entre “salida” y “voz”.

Sin embargo, en estos años duros la situación ha cambiado drásticamente. Mi impresión es que no se puede hablar todavía de una “voz” en el precario espacio público del interior. O si la hay, es tan débil como las voces democráticas del exilio. Lo que sí pude escuchar en La Habana, fue una gama muy rica de voces críticas, frustradas por no tener acceso a una modernidad democrática. Las dificultades de la vida cotidiana han llevado a muchos cubanos a un grado visible de extenuación. Pero, a pesar de todo, esas voces pugnan por hablar, y parecen estar decididas a cambiar el lugar pacíficamente, opinando y decidiendo desde adentro, aspirando a ejercer sus funciones ciudadanas en un campo de afinidades y diferencias, de crítica y de diálogo.

Sería ingenuo negar la importancia de la “salida” desesperada de miles de cubanos en las balsas. Lo que resulta más difícil de descifrar es si será posible constituir una “voz” democrática en el interior, con capacidad para rechazar las intransigencias del pasado y del presente. En la zona costera,

mientras contemplaba la salida de unos jóvenes balseiros, le pregunté a un señor que se encontraba allí despidiendo a su hijo: “¿Por qué se van, si van a terminar en Guantánamo?” Me respondió, en un tono contundente: “Usted tiene que pensar que hay un momento en que el miedo se convierte en rabia”.

Salí de La Habana entristecido y esperanzado. La ciudad en ruinas, la debilidad de la sociedad civil, la pobreza y las carencias, el cansancio de mucha gente y la cercanía de la muerte de los balseiros le imprime a la ciudad un aire de tristeza. Pero, contra todos los condicionamientos, encontré allí también la inteligencia, la sociabilidad y la vocación democrática de unas voces que admiro y que son la esperanza de Cuba y de todos nosotros. El no poder oírlas nos empobrece a todos.

#### Puentes a Cuba

El exilio –y la búsqueda de un sentido de pertenencia– es una de las grandes tradiciones caribeñas. Martí, por ejemplo, comprendió pronto que pertenecía a esa paradójica tradición. Lo manifestó con claridad en una carta a su amigo Manuel Mercado escrita en La Habana en 1879. En ella se lamentaba de haber regresado a la atmósfera envenenada y opresiva de la colonia, llena de autoritarismos ininterrumpidos: *¡El destierro en la patria, mil veces más amargo para los que, como yo, han encontrado una patria en el destierro!*

En La Habana, Martí vivía nostálgico del exilio, “venía” ya de otro tiempo y otro mundo que había conocido en Europa, en México y en Guatemala, y que le había permitido constituir su voz en el espacio público que le negaba la colonia: *Aquí ni hablo, ni escribo, ni fuerzas tengo para pensar*, le escribió a Mercado. Su situación en la isla era insostenible. Después, ya de nuevo en el destierro, Martí se

dedicó a imaginar y a construir los referentes simbólicos para otra patria. También las rupturas sirven para integrar.

Las identidades se caracterizan tanto por su conflictividad como por su anhelo de coherencia. Hoy habría que pensar las prácticas culturales desde los exilios externos e internos, con su imaginario alimentado por el deseo de retorno a un hogar imposible y con frecuencia por la relación amor-odio con el territorio. La conciencia de la nacionalidad, curiosamente, ha sido una necesidad radical que ha dotado de energía creadora a generaciones de desposeídos que se vieron obligados a reconocerse en las tensiones de nuevos espacios americanos. Hay el exilio de los que se quedan, y permanecen en medio de la vida de sus padres o sus hijos, porque los puentes fueron destruidos.

Cuba es un caso paradigmático de esa tradición y de esas prácticas. Si algo demuestra la historia cubana es la complejidad de tradiciones políticas y culturales “nacionales” imaginadas y fundadas en el exilio. Basta recordar sólo algunas figuras claves de la literatura y de la “alta” cultura que desaparecen del territorio insular, pero se vuelven a encontrar en cualquier esfuerzo por reconfigurar la continuidad nacional: desde Heredia hasta Martí, y desde el Padre Varela y José Antonio Saco hasta Guillermo Cabrera Infante y Antonio Benítez Rojo. Esa verdad ha sido reprimida con excesiva frecuencia por los relatos ideologizados que, dentro de Cuba y en los exilios de hoy, postulan identidades monolíticas.

Inversamente, hay que tener en cuenta también las sucesivas inmigraciones al territorio cubano en los siglos 19 y 20. En nuestros días, con las experiencias de la Revolución y los exilios cubanos, puede fácilmente olvidarse que durante prolongadas décadas Cuba fue lugar de llegada, no de salida. El exilio forzado de los esclavos africanos, los trabajadores chinos, las nutridas inmigraciones españolas y europeas,

caracterizaron la historia de la Cuba moderna desde el siglo 19 hasta la primera mitad del siglo 20. Los inmigrantes, con fuertes y diversas identidades de origen, transformaron el universo simbólico de “lo cubano”.

Los caminos a rehacer por los inmigrantes que se encontraron en un nuevo espacio llamado “Cuba” eran múltiples, y no siempre exentos de violencia. Esos procesos conllevaban la redefinición y reubicación de identidades, que en el caso afrocubano fue estudiado de forma penetrante por Fernando Ortiz bajo las categorías de “transculturación” y “sincretismo”. Situados a medio camino entre el pasado y el futuro, los descendientes de los inmigrantes tenían que construir sus proyectos de futuro, sus recuerdos del porvenir –para usar el bello título de la novela de Elena Garro–, y lo hicieron con recuerdos fragmentados y con inesperadas mezclas y re-definiciones.

¿Será posible hoy apoyarse en esa diversidad constitutiva para tender puentes hacia una reconciliación fundada precisamente en el reconocimiento de las diferencias, y lejos de las actitudes intimidatorias de los cubanos que en la isla o en los Estados Unidos dividen su universo entre héroes y traidores? ¿Cómo desbloquear la memoria y el lenguaje para incluir múltiples y diferentes sujetos sociales en medio de tantos símbolos negativos del “otro”? ¿Es posible el acercamiento entre cubanos, a pesar del odio acumulado y de la impresionante barrera favorecida por más de treinta años de exclusiones, bloqueos, persistentes hábitos imperialistas y el poder carismático y mesiánico?

Estas son las preguntas centrales en el esperanzador, valiente e iluminador proyecto que acaba de publicarse en dos números de la *Michigan Quarterly Review*, editados por Ruth Behar y Juan León. Es necesario leer estos números, que han sido preparados con la fe y la esperanza que nacen

de la frustración de las nuevas generaciones del exilio y del interior que quedaron *en medio*, silenciados entre desgarradoras exclusiones. En la nueva encrucijada de la cultura cubana, hay generaciones identificadas con la diáspora que quieren mediar entre el afuera y el adentro, entre los estereotipos y las intransigencias de viejas y binarias oposiciones.

Los dos números, bajo el título *Puentes a Cuba*, ofrecen textos poéticos y fragmentos de memorias, ensayos históricos, entrevistas, fotografías, grabados y reproducciones, un verdadero mosaico de voces del exilio y voces del interior traducidas al inglés. *Puentes a Cuba*: la imagen invita primero a meditar sobre la noción misma de "puente" y sobre su finalidad. El puente aquí presupone la existencia de una cultura dispersa en diversos territorios: un horizonte de sentidos que muchos, en la isla o en la diáspora, desean recuperar y transformar. Los volúmenes son una incitación a construir los frágiles tramos que hagan posible el encuentro de una comunidad desgarrada por la intolerancia. (En 1995 se publicaron como libro, bajo el título *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba*.)

El "puente" es una metáfora de la imaginación vinculante y del espíritu de conciliación: por los puentes se puede regresar y se puede salir. Lo que le imprime particular significación a esta antología de voces es su deseo de reinscribirse en la cultura cubana, a la vez que se la redefine como un espacio *en medio*, una tierra simbólica, que está dentro y fuera de la isla, compartida en lugares muy diversos. Hay otro mapa, otra geografía. Nadie puede poseerla en su totalidad, pero sí se pueden recorrer los lugares magnéticos de la cultura, iluminar los recuerdos que permitan soñar un porvenir más generoso. Como dice Ruth Behar en su prólogo, se trata de crear un espacio para la reconciliación y para la imaginación. La conversación entre cubanos puede y debe reanudarse.

Que Ruth Behar haya sido la principal responsable de esta publicación y de sus prólogos es en sí muy revelador de un nuevo comienzo, de un cambio profundo que tiene como precursora a Lourdes Casal, a quien le rinde un emotivo homenaje. La propia vida de Ruth Behar, y su actividad intelectual, es un puente en medio de diversos extremos y exclusiones: cubana-americana, cubana-judía, antropóloga. Esa misma complejidad dota de validez su evidente aspiración mediadora y traductora. El retorno a la cubanidad no ha sido fácil para alguien que salió de Cuba muy niña para formar parte del exilio cubano en los Estados Unidos, y para alguien cuya marginalidad específica como cubana-judía planteaba dudas sobre su "cubanidad".

Ruth Behar tiene plena conciencia de los riesgos de su intervención, y en sus prólogos va constituyendo con firmeza su voz mediadora. Los abismos de intransigencia son peligros reales. Los puentes tienen que construirse no sólo hacia la isla y desde la isla, sino hacia los diversos sectores del exilio. Como antropóloga que lleva a cabo su obra en la academia norteamericana, sabe del reto que representa reconstruir las voces marginadas. Como cubana-americana que ha viajado a Cuba, sabe de la patria en el destierro y del destierro en la patria. Como cubana-judía, sabe de las tensiones que crean las lealtades divididas. Y como mujer, sabe de la prepotencia masculina en los discursos del exilio y del interior. Sabe, y también cree. *Puentes a Cuba* es un acto de fe en la razón mediadora.

### Cuba: el cambio y los límites

Cuba confronta, una vez más en su historia, la posibilidad de nuevos comienzos. El perverso embargo estadounidense no ha cesado, pero los cambios iniciados ya en Cuba

empiezan a transformar las identidades sociales. La sociedad cubana vive transformaciones que han perturbado la trama cultural de la nación, y que por ello mismo pueden ser generadoras de un nuevo tipo de historia. El dilema cubano se origina en la necesidad de abrirse al mercado. Pero con la conciencia de que ese mercado puede ser, en efecto, "salvaje". Aun así, los incipientes cambios quizás permitan actuar de otra manera en el presente. Frente a esos cambios, ¿se sabe dónde están ahora los límites de lo permitido en Cuba?

Esa confrontación con el riesgo de lo nuevo se plantea de forma intensa en la isla. Sin embargo, desde afuera es muy difícil precisar qué ha cambiado y qué permanece intacto, y cuáles son los límites políticos y culturales que se oponen a las transformaciones. Cualquier esfuerzo interpretativo resulta particularmente difícil en ausencia de las voces cubanas de la isla que por desgracia sólo pueden escucharse fragmentariamente.

Un viaje reciente me permitió oír con toda libertad una gama de voces lúcidas, angustiadas, agresivas, trágicas, o de humor delirante. Esas voces le imprimen particular tensión a una sociedad que carece de espacio público de debate y que se ha acostumbrado a vivir bajo la asidua vigilancia del Estado. Sin embargo, en medio de las ansiedades de la dura vida cotidiana, comienzan a tramarse nuevas redes de discusión y de prácticas culturales. Acaso no sean espacios "subversivos" ni estrictamente "conflictivos", para usar la vieja expresión cubana. Son más bien lugares desde donde se defienden prácticas transgresivas, pero que no plantean rupturas "totales". Preferiría llamar a estos espacios "zonas de refugio" desde las que se mira en otras direcciones, zonas que permiten construir una voz propia, aunque no necesariamente difundirla.

Todo ello suscita preguntas que carecen de respuestas inmediatas, y que hay que formular como problemas abiertos. ¿Dónde leer los signos de cambio, y cómo se marcan los límites? ¿Cuáles son las consecuencias culturales y sociales de los cambios irreversibles iniciados ya en la isla con la dolarización de la economía? ¿Cómo se enfrentan las múltiples formas de la cultura cubana a las nuevas situaciones? Por último, ¿es el mercado la utopía dominante y el nuevo discurso del orden en la isla?

Una isla: la imagen clásica del lugar perfecto para construir la utopía. Por ahí parecen empezar los cambios. De los sueños utópicos se pasó a la crisis; de ahí a la pesadumbre y al deseo de relevo. Durante los años sesenta, la Revolución cubana encarnaba en el imaginario de la izquierda internacional la figura mítica del guerrillero heroico que desafiaba la historia, y el tiempo mesiánico de una revolución "original". La historia se narraba y se vivía como una epopeya. No había lugar para quienes no fueran creyentes. La continuidad de esas imágenes se rompió ya con el éxodo masivo del Mariel en 1980, y con los terribles "actos de repudio" a quienes entonces manifestaron su voluntad de salida. Hoy la imagen generalizada es la de una isla que flota suspendida en el tiempo, desvalida, con balseros internados en los campos de concentración de Guantánamo. O la de una nueva e invertida utopía: un paraíso caribeño para los turistas y para los inversionistas que circulan por el país ante la mirada azorada de sus habitantes.

En efecto, la industria del turismo es uno de los grandes cambios. Según anuncia orgullosamente la revista cubana *Prisma*, el turismo "ha desplazado a la industria azucarera como principal fuente de ingresos en divisas". En *Prisma* se asegura que los cubanos están preparados para recibir un millón de turistas en 1995, que "dejarán ingresos por mil



millones de dólares". En esa revista oficial, destinada a los turistas, no deja de asombrar el desplazamiento del lenguaje y la moralidad revolucionarias.

¿Pero desplazados hacia dónde? *Prisma* es una revista hecha a todo lujo en un país que carece de papel para las publicaciones de sus poetas y sus historiadores. En los números de diciembre y enero pasados, en la revista se vende "la magia y el calor del Caribe" con fotos a todo color de Hemingway, Rigoberta Menchú, Nicolás Guillén, y Arnold Schwarzenegger "fumador de habanos", junto a fotos de succulentos platos de langosta y lechones que representan "la mesa cubana". En el número de diciembre hay incluso un artículo sobre el papel del mercado en la cultura. En el de enero, en un artículo sobre la "mujer cubana", se afirma que "en un país puramente sensual como Cuba" es imposible que una "chica permanezca demasiado tiempo sin pareja". *Prisma* no ve problema: todo es parte de un mundo de prosperidad, bienestar y sexualidad que está al alcance de los turistas.

Otro ejemplo de cambio profundo en el lenguaje y en el proyecto es el discurso pronunciado en noviembre pasado por Carlos Lage, vice-presidente del Consejo de Estado y secretario del Consejo de Ministros, en la apertura de la Feria Internacional de La Habana. En sus palabras a los inversionistas que asistieron a la Feria, Lage habló de las dificultades económicas del país y también de las primeras empresas "mixtas", con capital extranjero, que constituyen la esperanza del nuevo proyecto económico. Hacia el final del discurso, su énfasis está puesto en la descripción de una clase trabajadora apta y capaz para el nuevo orden:

Les ofrecemos un país ordenado. Una política de apertura a la inversión de capital coherente e irreversible. Una infraestructura económica suficiente y extendida. Un sector productivo en proceso de cambio hacia la

eficiencia. Un pueblo trabajador y abnegado, con un elevado nivel educacional y técnico. Una sociedad que no conoce del terrorismo ni de las drogas. Les ofrecemos una nación soberana y un Gobierno honrado e incorruptible.

En el discurso de Lage, publicado en *Granma*, el lenguaje religioso y místico de la revolución se ha vaciado para dar paso a la nueva utopía del mercado, pero sin democratización. El Estado sigue ocupando el lugar de la verdad. ¿Se ha trocado una doctrina de salvación por otra?

La historia cubana lleva en su interior, en su tragedia y en su esperanza, la historia de los sueños modernos, y todas las variantes de utopías y esperanzas, religiosas y seculares. En contraste con el discurso del mercado y del turismo, muchos jóvenes poetas, historiadores y ensayistas se han propuesto pensar todo de nuevo, y armar su voz en las zonas de refugio. Esas zonas se encuentran en algunas revistas como *Proposiciones*, financiada por la Fundación Pablo Milanés, o en *La Gaceta de Cuba*, de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en las que empiezan a aparecer textos que piensan de otro modo la cultura del país.

Pero hay otras zonas desde las cuales se intenta, corriéndose más riesgos, franquear los límites oscuros y erráticos del momento actual. Me quiero detener en un ejemplo muy significativo: la revista *Memorias de la Postguerra*, cuyo primer número se publicó artesanalmente en noviembre del 1993. En ese número se formula el problema, asumiendo la sobrevivencia como la experiencia más importante de la vida, y aludiendo a la destrucción física de La Habana: "Postguerra por similitud al nivel físico de la ciudad, por el interior de la gente, por lo social del arte". En la "postguerra" se percibe, metafóricamente, otra temporalidad: "Un nuevo ejército avanza, junto a los sobrevivientes... todos jóvenes violentamente viejos".

Al igual que el discurso de Lage, el lenguaje de *Memorias de la Postguerra* ya no está informado por los valores que animaron la Revolución. Pero en *Memorias*, el discurso de la sobrevivencia obliga a pensar creativamente en alternativas. Para ellos, la guerra y su épica han terminado. En uno de los textos se plantea la posibilidad de crear una visión propia, distanciada a la vez de las viejas y de las nuevas utopías de mercado: "Un aire fresco sopla desde el mar arrastrando los malos olores, la humedad y el polvo. Empiezan a aparecer signos de una nueva vida, aún con los escasos recursos con los que cuentan los creadores". Para los sobrevivientes, la postguerra abre el camino más digno y democrático de la participación en la construcción de otro futuro. Desgraciadamente, esta revista desapareció en 1994, después del segundo número.

### Cuba: la tragedia y la esperanza

Si hubiera alguna duda de la profundidad de la Revolución cubana y de sus implicaciones en la conciencia y en las prácticas de sus defensores y de sus críticos, bastaría pensar de nuevo cómo cambió el lenguaje y la comprensión de la cultura nacional durante el proceso. La Revolución estableció, además, un patrón con el que había que medir los logros de otros intentos de justicia social en América. Desde el principio el proceso estuvo habitado por divergencias y puntos de fricción. Pero la fuerza arrolladora del programa de alfabetización, la política editorial y cinematográfica de la Revolución, la reforma agraria y la lucha necesariamente antimperialista, eran referentes que activaban el reconocimiento y la identificación por parte de la cultura internacional de izquierda.

Por otro lado, la empecinada política estadounidense no lograba sino legitimar la militarización de la sociedad cubana. Ha tenido también el efecto de restarle validez a los críticos más democráticos y conciliadores del exilio, y de silenciar las voces escépticas que subsistían replegadas en el interior. Nunca se insistirá bastante en el efecto distorsionador que la retórica y las prácticas prepotentes norteamericanas han tenido en la en la isla y en el exilio cubano en los Estados Unidos.

No obstante, la Revolución gozó de clara legitimidad durante largos años, y educó en su imaginario a varias generaciones. La utopía revolucionaria aspiró a articular la moral colectiva, a menudo en un lenguaje religioso que proclamaba la creación del "hombre nuevo", libre del "pecado original" del capitalismo y del colonialismo. El mundo quedó dividido entre revolucionarios y "gusanos", entre los cubanos del exilio y los del interior, con una prolongada tradición de intolerancias y desgarradoras separaciones en las que lo personal quedaba sacrificado al principio de una racionalidad nacional y socialista.

La tragedia había sido excluida. La historia nacional se pensaba como una larga colonia seguida de una república "neocolonial" que desembocaba épicamente en la Revolución de 1959, y por fin en el Estado-nación como sujeto fundamental. Las esperanzas utópicas se veían como plenamente realizables, pero exigían un Estado fuerte y la concentración del poder en el líder carismático. Asimismo, se estableció la mayor desconfianza y desprecio hacia los "débiles" y los "desviacionistas" que parecían enmudecer u optaban por la salida.

La concepción y la enseñanza de la historia eran parte constitutiva de esa lucha épica, imponiéndole una carga excesiva a la literatura y a la historiografía. Debido a ello, los

cambios ocurridos en la crisis de los últimos años pueden medirse en algunos de los historiadores y los poetas. La magnitud del cambio en estos años de perplejidad puede comprobarse, por ejemplo, en las conmovedoras palabras de uno de los historiadores más eminentes de Cuba, Manuel Moreno Fraginals, autor de un libro clásico, *El Ingenio*, y de los ensayos incluidos en otro libro titulado significativamente *La historia como arma*.

En un discurso pronunciado a comienzos de abril en Princeton, con motivo de un coloquio sobre Cuba, Moreno Fraginals le dio forma a otro relato histórico, centrado de manera inequívoca en la desintegración de la sociedad cubana. Tomaba como ejemplo la tasa de suicidios, específicamente los suicidios de los jóvenes, y la represión de esa información en Cuba. Todo ello en el marco de la búsqueda de un significado al éxodo de los balseros, y a la juventud de muchos de ellos. Con referencias a la muerte, Moreno Fraginals desarticuló las falacias con que se pretende amortiguar la crisis cubana, que por otra parte se hizo inocultable con el nuevo y masivo éxodo de hombres y mujeres.

De la utopía a la tragedia, de la historia como "arma" a la historia como tragedia. El modo de concebir la historia se ha invertido en el pensamiento de uno de los más reconocidos historiadores cubanos. Distanciándose tanto de la categoría "transición" como de los optimistas discursos tecnocráticos, Moreno Fraginals puso el acento en la "desintegración" de la sociedad cubana y en la crisis moral. Hay que abrirse, decía, "ante una realidad sumamente dura", la de la desesperación expresada por los suicidios y las muertes. La historia no se puede hacer sin esos muertos. Los suicidas invierten la legitimación heroica de la Revolución. En un acto de innegable valentía intelectual, Moreno Fraginals exhortaba a reflexionar desde la tragedia y el sufrimiento reiterado.

La "verdad" de un relato depende no sólo de su contenido, sino de quién habla y para quién se habla. Que un gran historiador como Moreno Fraginals recupere la forma del relato trágico, que reinscriba su relato frente a la épica y cuestione críticamente las tranquilizadoras simbolizaciones de la "transición" al mercado, me recuerda las palabras de Elias Canetti: la necesidad y la obligación de decir lo terrible precisamente para que deje de ser terrible, y podamos seguir pensando y viviendo. Esa función catártica del modo trágico, del adentramiento en la muerte, con larga tradición entre los poetas cubanos, no puede soslayarse.

Moreno Fraginals mismo no se limitó a descubrir el marco estricto del escenario en descomposición, ni a dar testimonio de los sufrimientos de su pueblo. Al final de su discurso hacía un llamado a buscar vías de reestructuración, pero entre todos los cubanos, los de afuera y los de adentro, los "ausentes" y los "presentes". ¿Qué se puede salvar?, preguntaba, como abriendo algunos resquicios de luz. A lo cual podríamos añadir: ¿Quiénes pueden hacerlo y cómo hacerlo sin nuevas demonizaciones?

En su conciencia trágica y su búsqueda de la esperanza, Moreno Fraginals no se encuentra aislado. Hay otras zonas de la vida cubana en las que se puede observar la profundidad del cambio. La renovada importancia de la religiosidad, tan visible, reconstruye espacios no fácilmente incorporables a la nueva utopía del mercado. La Revolución había tratado el sincretismo religioso cubano, de larga temporalidad, como un fenómeno del pasado que sería "superado" por el proyecto civilizatorio y educativo, o que en todo caso había que mantener bajo control. Sin embargo, la crisis profunda del Estado benefactor revolucionario, y el vacío creado por ello, ha reactivado una sensibilidad comunitaria religiosa que busca la esperanza en su diálogo con lo sagrado.

Así se puede comprobar en el excelente documental *La Promesa* (1993), de Julio Ramos, Natasha Schül, Camillo Penna y Luz Mena. El documental presenta la peregrinación anual en veneración de San Lázaro a la iglesia de Rincón, en las afueras de La Habana. Como es sabido, hay dos San Lázaros. Se mezclan y se resemantizan en el sincretismo cubano: uno es el de la tradición bíblica, el San Lázaro resucitado por Jesús, reconocido por la Iglesia; y el otro, San Lázaro el mendigo, el santo milagroso de los pobres. Esa tradición, en la que se entrelazan identidades religiosas y sociales muy complejas, no es de ningún modo un "anacronismo". Reemerge con fuerza cuando se pasa de la utopía al desamparo actual.

El documental *La Promesa* introduce una nueva mirada, y permite observar desde los márgenes. En el culto a San Lázaro se podría leer simultáneamente lo antropológico y lo político. El cuerpo es el portavoz más clamoroso de la vulnerabilidad y de la fuerza. De rodillas o arrastrándose, los creyentes practican la mortificación en una especie de agonia ritual, hasta el límite de la sobrevivencia. Al mismo tiempo, se dialoga y se negocia directamente con el santo, ofreciéndole el sacrificio a cambio del milagro y del amparo. Más aún: en un país en el que se ha borrado lo público como espacio de la vida política, el documental presenta una zona de refugio en la que se establece una alianza entre la Iglesia Católica y la religiosidad popular. La Iglesia incorpora lo que el Estado revolucionario e ilustrado pretendía abolir. Los "residuos" de un mundo premoderno y pre-revolucionario vuelven a ocupar el centro de la esperanza.

El sujeto religioso en *La Promesa* da cuenta, a la vez, de la continuidad y del cambio, de la desilusión y de la esperanza. Ni la racionalidad socialista ni la del mercado pueden contener el desgarramiento y la fuerza de esa tradición. Una

de las voces más audibles en el documental es la de una joven que articula su verdad de una manera muy diáfana. Cuando se le pregunta por qué tanta gente acude de nuevo a San Lázaro, responde: "A la juventud no se les preparó para vivir como están viviendo. Soy revolucionaria porque me criaron en eso. Pero no entiendo lo que está pasando. Venimos aquí buscando la esperanza".

La misma joven agrega: "Si Dios existe, que no deje que venga el capitalismo". Las voces, la de esa joven y la del historiador Moreno Friginals, ponen de manifiesto la urgencia de preguntarse qué puede preservarse y quiénes son los portadores de la esperanza. Desde la fe en el milagro y desde la reflexión sobre la muerte, cada uno de ellos toma conciencia de su autonomía posible, y se hace responsable por ella. La esperanza renace de la desesperación profunda.